

De «*Christifideles laici*» a «Discípulos misioneros»

FRANCISCO LÓPEZ

Resumen

A las puertas del nuevo milenio, Juan Pablo II recordaba que con el Concilio Vaticano II, había llegado verdaderamente *la hora del laicado* a la Iglesia, y numerosos fieles laicos habían comprendido más claramente su vocación cristiana como llamada al apostolado. El autor se pregunta si de verdad los laicos han recogido el testigo que la Iglesia está ofreciendo, si han tomado conciencia de lo que significa ser bautizado y las exigencias que se derivan para con el mundo y con la Iglesia. Analiza asimismo en qué medida se complementan las enseñanzas de Juan Pablo II y Francisco para entender mejor al laicado en la Iglesia y en el mundo, hoy.

Palabras clave

Laico, fiel cristiano, bautismo, santidad

Abstract

At the dawn of the new millennium, John Paul II recalled that with the Second Vatican Council, the time for the laity had truly come to the Church, and numerous lay faithful had more clearly understood their Christian vocation as a call to the apostolate. The author wonders if the laity have really taken the baton that the Church is offering, whether they have become aware of what it means to be baptized and the demands that are derived for the world and the Church. He also analyzes the extent to which the teachings of John Paul II and Francis are complemented to better understand the laity in the Church and in the world today.

Keywords

Laity, faithful Christian, baptism, holiness.

1. INTRODUCCIÓN

Durante el pasado curso escolar, el plan diocesano de pastoral de nuestra diócesis llevó por título «*La Iglesia diocesana en conversión pastoral y salida misionera. Laicos para la misión*», con la idea de hacerse eco de la llamada que el papa nos hace a salir de nuestra zona de confort y anunciar el Evangelio en las periferias¹. Como bien nos recuerda Francisco, esta llamada no es exclusiva de los sacerdotes o de la vida consagrada, sino que se trata de una llamada «a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre»², pero también, y a la vez, es una llamada comunitaria, pues no se trata de acometer tal encomienda de manera individual, sino sintiéndonos «Iglesia»³.

Y precisamente de ahí surge la necesidad de seguir descubriendo, reflexionando, rezando y viviendo la importancia que tenemos los laicos en la vida de la Iglesia universal y de nuestra Iglesia local, para la construcción de una sociedad «más humana y más digna para cada persona»⁴.

A las puertas del nuevo milenio nos recordaba Juan Pablo II, «con el Concilio, en la Iglesia llegó verdaderamente *la hora del laicado*, y numerosos fieles laicos, hombres y mujeres, han comprendido con mayor claridad su vocación cristiana, que por su misma naturaleza, es vocación al apostolado»⁵.

Y hoy volvemos a preguntarnos ¿es eso cierto? ¿Ha llegado nuestra hora? ¿De verdad los laicos hemos recogido el testigo que la Iglesia nos está ofreciendo? ¿Acaso hemos tomado conciencia de lo que significa nuestro ser-

¹ «Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar esta llamada: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio» (*Evangelii Gaudium*, 20).

² *Ibíd.* 3.

³ *Ibíd.* 30. 46.

⁴ Cfr. Consejo Pontificio Justicia y Paz, «Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia», 582.

⁵ JUAN PABLO II, «Homilía del santo padre en el jubileo del apostolado de los laicos», 26 de noviembre de 2000, http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/homilies/2000/documents/hf_jp-ii_hom_20001126_jubillaity.html

bautizado⁶ y las exigencias que se derivan para con el mundo y con la Iglesia?... Pastores y pueblo, comunidades y parroquias, movimientos y congregaciones religiosas⁷... ¿Estamos preparados para ello?...

En esta reflexión me propongo afrontar, de algún modo, alguna de las cuestiones antes enunciadas, analizando en primer lugar la imagen de «laico» que nos ofrece el magisterio, para luego, intentar descubrir qué horizontes se nos presentan hoy de cara a la evangelización.

Dos de las categorías que a lo largo de los últimos treinta años nos han servido para definir al laico son, por un lado, la que nos ofreció Juan Pablo II, «*Christifideles Laici*»⁸. Y por otro, la que encontramos en la reflexión de Francisco, «*Discípulos misioneros*»⁹. Veremos, en qué medida ambas se complementan y nos ayudan a entender mejor al laicado en la Iglesia y en el mundo, hoy.

Pero entender la vocación y la misión del laico¹⁰ es solo la primera parte, pues se hace necesario que cada uno de nosotros descubra su propia llamada,

⁶ Cfr. EG 120.

⁷ Acerca de la relación entre laicos y vida consagrada de cara a la misión, podemos ver: J. ARNÁIZ, «Identidad del religioso e identidad del laico en comunión vital», *CONFER* 41 (2002) 45-76; P. BELDERRAIN, «Seglares y religiosos, colaboradores “en Cristo Jesús”». Sugerencias para un marco», *CONFER* 41 (2002) 161-176; L. DEL BURGO, «Religiosos y laicos ante el tercer milenio», *Revista de Espiritualidad* 59 (2000) 63-83; G. URÍBARRI, «Religiosos y laicos en una Iglesia comunión», *CONFER* 41 (2002) 113-151.

⁸ El término sirve como título a la exhortación apostólica post-sinodal que Juan Pablo II firmó el 30 de diciembre de 1988 (AAS 81 (1989) 393-521). Dejamos claro que aunque el análisis del documento al completo sobrepasa el contenido de este trabajo, recurriremos a él en la medida en la que nos ayude a iluminar el «*Christifideles Laici*».

⁹ Si bien el término lo descubrimos en el Documento de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Aparecida) 13-31 mayo 2007, este es asumido por el papa Francisco en su exhortación apostólica «*Evangelii Gaudium*» de 24 de noviembre de 2013 (AAS 105 (2013) 1019-1137).

¹⁰ Para profundizar algo más acerca del concepto ver: E. SCHILLEBEECKX, «Definición del laico cristiano», en G. BARAÚNA (dir.), *La Iglesia del Vaticano II. Estudios en torno a la constitución conciliar sobre la Iglesia*, J. FLORS, Barcelona 1966, 977-997; B. FORTE, «Laicato», en L. PACOMIO (coord.), *Dizionario Teologico Interdisciplinare* (vol. 2), Marietti, Casale Monferrato 1977, 333-345; J. ILLANES, «La discusión teológica sobre la noción de laico», *Scripta Theologica* 22 (1990) 771-789; E. ADLER, «Laity», en N. LOSSKY, J.M. BONINO, J. POBEE, T. STRANSKY, G. WAINWRIGHT, P. WEBB (eds.), *Dictionary of the ecumenical movement*, WCC, Geneva, 1991, 580-585; Voz «Laicos», en C. O'DONNELL - S. PIÉ-NINOT, *Diccionario de Eclesiología*, San Pablo, Madrid 2001, 629-

su propio modo de seguir al Señor¹¹, su propio protagonismo en el compromiso de la evangelización en la Iglesia y en el mundo. Y para ello se nos exige dejarse interpelar por la vida concreta de cada hombre, de cada realidad social, cultural, política ...¹².

Pues el Evangelio ha de anunciarse de manera diferente en cada situación, y debe ser actualizado en cada persona, familia, ámbito social y laboral¹³.

A pesar de lo dicho, cuando miramos a nuestro alrededor, en ocasiones, nos da la impresión de que esa «hora del laicado» se ha quedado más en un *slogan* que en una realidad, y que de nuevo, nuestro «reloj» personal y eclesial parece que va con retraso, o que lamentablemente, se nos ha parado¹⁴.

No es nuestro objetivo el de buscar las causas de esa «parada», o excusas para justificar tal situación, pero sí el mostrar que nos encontramos ante un momento de la historia en el que los laicos no podemos, ni debemos, renunciar a aquello que por nuestro bautismo se nos pide y exige, que pongamos nuestros dones y carismas al servicio de la edificación de la Iglesia¹⁵, y de la construcción de un mundo más justo y humano¹⁶.

640; J. PEREA, *El laicado: un género de vida eclesial sin nombre*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2001; E. BUENO, «Laico», en E. BUENO - R. CALVO (dir.), *Diccionario de Laicado, Asociaciones y Movimientos Católicos*, Monte Carmelo, Burgos 2004, 415-423; J.R. VILLAR, «Laicos», en J.R. VILLAR (dir.), *Diccionario Teológico del Concilio Vaticano II*, EUNSA, Pamplona 2015, 581-600.

¹¹ «Lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él, y no que se desgaste intentando imitar algo que no ha sido pensado para él». Todos estamos llamados a ser testigos, pero «existen muchas formas existenciales de testimonio» (*Gaudete et Exsultate*, 11).

¹² Cfr. EG 129.

¹³ Cfr. *Evangelii Nuntiandi*, 29.

¹⁴ «...“es la hora de los laicos” pero pareciera que el reloj se ha parado». Papa FRANCISCO, «Carta del santo padre Francisco al cardenal Marc Ouellet, presidente de la comisión para América Latina», 19/03/2016.

http://w2.vatican.va/content/francesco/es/letters/2016/documents/papa-francesco_20160319_pont-comm-america-latina.html

¹⁵ Cfr. EG 130.

¹⁶ «Ser laico consiste en correr, con todos los recursos que tenemos, la aventura de la búsqueda de la justicia y verdad, cuya hambre nos devora y que es la esencia misma de la existencia humana» (Y. CONGAR, *Jalones para una teología del laicado*, Estela, Barcelona 1965³, 41).

1. Aportaciones a la «Teología del Laicado». De Pío X a Juan XXIII

A lo largo de gran parte de la historia de la Iglesia¹⁷, la importancia de reflexionar acerca del papel laico en la misma, de su vocación y misión, de su responsabilidad respecto a la tarea de evangelizar, ha sido más bien escasa, cuando no inexistente. Tal y como nos recuerda el teólogo belga Gérard Philips, «a pesar de constituir ellos la mayor parte del pueblo de Dios raramente ha sido su condición el objeto de un estudio teológico. Los doctores los consideran efectivamente como simples oyentes. Los maestros enumeran lo que cada uno está obligado a creer y a hacer para su salvación (...). Los predicadores piensan, un poco ligeramente, que los seglares no han de hacer sino copiar lo que hacen los eclesiásticos»¹⁸.

Como se desprende de estas palabras, el papel laico en la Iglesia ha estado marcado (al menos durante bastante tiempo) por la escucha y la obediencia a las enseñanzas de los pastores, sin tener la capacidad ni la posibilidad de entenderlas, pues el acceso a los estudios teológicos no siempre estuvo a su alcance. Por la pasividad a la hora de acometer las distintas labores pastorales, pues poco a poco fueron consideradas como propias o exclusivas del clero. Y por tener una vida de fe impregnada por una serie de prácticas piadosas que no eran más que una copia (a menor escala) de elementos vinculados de la vida religiosa. En conclusión, al laico se le consideraba como a un cristiano de «segunda categoría», frente a los sacerdotes o religiosos que se convertían así en el ejemplo a seguir y en modelos de santidad¹⁹.

¹⁷ «Resulta sorprendente que el lenguaje cristiano ha podido prescindir durante dos siglos, salvo excepciones, del término laico. Hasta el siglo III no comienza a hacerse habitual. Durante este período la conciencia eclesial no necesitó expresiones de este carácter para designar a un tipo determinado de bautizados o a un modo especial de existencia cristiana. La categoría dominante era el “nosotros” de una iglesia concreta que se consideraba como sujeto colectivo de una misión y de un testimonio compartido» (E. BUENO, «Laico», o.c., 415).

¹⁸ G. PHILIPS, *La Iglesia y su misterio en el Concilio Vaticano II. Tomo II*, Herder, Barcelona 1969, 13.

¹⁹ «Durante mucho tiempo los laicos eran caracterizados por lo que no eran (ni pastores ni religiosos), antes que por el contenido positivo de su condición bautismal. En la práctica, los laicos eran considerados receptores pasivos del servicio de los pastores, en quienes se encontraba la responsabilidad sobre la vida y la misión de la Iglesia. En términos de espiritualidad, a los laicos les correspondía, se decía, seguir el camino del cumplimiento de los mandamientos para alcanzar la salvación; el horizonte de la santidad estaba reservado para quienes seguían la vía más estrecha de los consejos evangélicos» (J.R. VILLAR, «Laicos», o.c., 581).

Aunque lo dicho anteriormente debe matizarse mucho, pues a lo largo de los siglos la Iglesia ha contado con seglares formados, comprometidos y valorados, no es menos cierto que estos han sido siempre poco numerosos.

Pero, ¿qué ambiente eclesial teníamos antes del Concilio Vaticano II? ¿Qué papel jugaban los laicos en ese escenario? ¿Hasta qué punto fue un tema de interés para los padres conciliares la cuestión del laicado en la Iglesia y en el mundo?

Para entender mejor la nueva orientación que se produce en el Concilio respecto a la cuestión de los laicos, quizá debamos remontarnos al siglo XIX. En ese momento, en Europa nos encontrábamos ante un cambio político, social y cultural, que tuvo como consecuencia un giro en las relaciones entre la Iglesia y los Estados. En ese momento aparecen varias asociaciones laicales con la intención de hacerse presente en los diferentes contextos en los que la jerarquía ya no podía estar, y defender de este modo, a la institución de determinados ataques anticlericales.

Y es precisamente en este nuevo escenario donde Pío X, en 1905, al intentar reorganizar el movimiento de laicos católicos italianos, les habla del siguiente modo: «*El campo de la Acción Católica es extremadamente vasto. En sí mismo no excluye nada, de ninguna manera, directa o indirecta, que pertenezca a la misión divina de la Iglesia. Por consiguiente, uno puede ver claramente cuán necesario es que todos cooperen en una obra tan importante, no solo para la santificación de su propia alma, sino también para la extensión y el aumento del Reino de Dios en los individuos, las familias y la sociedad; cada uno trabajando según su energía para el bien de su prójimo mediante la propagación de la verdad revelada, el ejercicio de las virtudes cristianas, el ejercicio de las obras de misericordia corporales y espirituales*»²⁰.

Como podemos observar, ya aquí descubrimos «en embrión» determinados elementos propios de la reflexión teológica del laicado, que se irán desarrollando a lo largo de diferentes momentos por el magisterio posterior.

El primer elemento que destaca Pío X, es que en la vida de los laicos, no existe un ámbito propio de la vida de fe, y otro en el que la fe deba estar ausente. Todos los ámbitos de la vida son espacios propios del plan divino, el trabajo, la educación, la vida familiar, la política, la cultura... la vida del hombre es el sujeto propio de la misión de la Iglesia. Y precisamente ahí, es donde des-

²⁰ *Il Fermo Proposito*, 3.

cubrirnos una realidad desbordante, que genera la llamada a todos y cada uno de los cristianos, a las familias y a la sociedad entera, a poner todo nuestro empeño por que el Reino de Dios llegue hasta los confines de la tierra. Todos somos los destinatarios de esta llamada, todos somos emplazados a esta tarea.

El segundo elemento, aunque no queda demasiado explícito, sí que se encuentra de fondo, y es la existencia de una rígida división de tareas en cuanto al anuncio de la Buena Noticia. Los clérigos se encargarán de todas las iniciativas pastorales surgidas en la Iglesia, o promovidas por esta de cara al mundo, y los laicos, de dar testimonio de Cristo «en» el mundo. Este esquema sigue actualmente presente, de ahí que cuando no pueda materializarse en la práctica se justifique desde la clave de «suplencia».

Dando un paso más, Pío XI da forma definitiva a toda esa serie de iniciativas²¹ que por parte de los laicos habían estado surgiendo en diferentes países de Europa a lo largo del siglo XIX. Ante la falta de sacerdotes, y la imposibilidad de tener una presencia real y de peso en determinados ámbitos sociales y culturales, el papa piensa que es «*necesario llamar como refuerzo a los seglares para remediar la insuficiencia del clero*»²². Este enfoque lleva irremediablemente a definir a la Acción Católica como «*la participación del laicado en el apostolado jerárquico*»²³. Ante esto, la mayoría de pastores interpretan que los laicos son meros suplentes o auxiliares de tareas, que aún no perteneciéndoles, se les permite realizar. Pero, en cambio, ya empiezan a oírse voces que defienden que por vez primera, y de manera clara, el magisterio integra al laicado en la tarea evangelizadora de toda la Iglesia, conjugando, a la vez, su propia autonomía, con la comunión eclesial.

En esta segunda línea se sitúa el teólogo dominico Yves Congar²⁴ al señalar que «*la misión de los fieles consiste, una vez recibida la vida de Cristo, en*

²¹ Sobre todo se tenía en cuenta a la Acción Católica, aunque efectivamente existían otros muchos grupos y movimientos eclesiales centrados en diferentes campos.

²² G. PHILIPS, *o.c.*, 15.

²³ «*Laici apostolatum hierarchicum quodammodo participant*». Pío XI, «*De Communibus Actionis Catholicae Principiis et Fundamentis*» (AAS 20 (1928) 385).

²⁴ Algunos estudios sobre la aportación del padre Congar a la reflexión sobre el laicado: R. PELLITERO, *La teología del laicado en la obra de Yves Congar*, Universidad de Navarra, Pamplona 1996; *Ibíd.*, «La contribución de Yves Congar a la reflexión teológica sobre el laicado», *Scripta Theologica* 36 (2004) 471-507; S. FUSTER, «Aportación del padre Congar a la Teología del seglar», *Ciencia Tomista* 399 (1996) 77-95.

desplegar todas sus virtualidades en un mundo dado por Dios, pero cuyo perfeccionamiento nos encarga como vocación»²⁵.

Dos son las ideas que se desprenden del texto, y que serán retomadas por el magisterio posterior, la primera de ellas es la centralidad en Cristo, como «raíz primera»²⁶ de la cual emana cada vocación, cada carisma, y cada forma particular de servicio. Y la segunda, la «llamada a la misión», que deriva precisamente de la idea anterior y que se desarrolla, de manera singular «en cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social»²⁷.

Aunque parece que se dan pasos en una nueva dirección, lo cierto es que no hemos abandonado la bipolaridad «*ad intra*» y «*ad extra*» en la tarea evangelizadora.

2. El Concilio Vaticano II como final de una etapa, y punto de partida

A las puertas del Concilio Vaticano II, Juan XXIII nos ofrece, en su encíclica *Mater et Magistra*²⁸ una interesante reflexión en la que recoge gran parte de lo expuesto anteriormente acerca del laicado y su papel en la Iglesia y en el mundo.

Partiendo de la idea de que todos los bautizados, tanto el clero como los laicos, gozamos de la misma dignidad en Cristo, al estar insertados en Él²⁹, nos recuerda que cualquier acción que realicemos, cualquier trabajo, cualquier actividad, viene a ser como una continuación de la tarea de nuestro Señor en el mundo, y así, de este modo, «*el trabajo humano se eleva y ennoblece de tal manera que conduce a la perfección espiritual al hombre que lo realiza y, al mismo tiempo, puede contribuir a extender a los demás los frutos de la redención cristiana y propagarlos por todas partes*»³⁰.

²⁵ Y. CONGAR, o.c., 137.

²⁶ Cfr. LG 31; AA 2.

²⁷ Cfr. LG 31; AA 3. 9.

²⁸ AAS 53 (1961) 401-464.

²⁹ «*Quamobrem magnopere adhortamur quotquot ubique terrarum numeramus filios, sive e cleri sive e laicorum ordine, ut plane sibi sint consciī quantum nobilitatis dignitatisque ex eo colligant, quod Iesu Christo, sicut viti palmites, coniungantur, secundum illud: «Ego sum vitis, vos palmites» (Jn 15, 5), et quod sibi liceat divinam ipsius participare vitam» (Ibíd. 462).*

³⁰ «*Huiusmodi scilicet humanus labor ita evehitur atque nobilitatur, ut ad animi perfectionem homines, qui illum ponant, perducatur, itemque ad christianae Redemptionis fructus ceteris im-*

Como podemos ver, queda cada vez más claro, que para hablar del laicado no hay que partir de aquello «que no son», o sea, «ni religiosos ni sacerdotes», sino de aquello que nos hace iguales, que nos configura como «*linaje elegido, sacerdocio real, nación santa y pueblo adquirido por Dios*»³¹, por lo tanto, hay que partir del bautismo.

Y, por otro lado, se subraya, que cualquier labor o tarea que realicemos, si la asumimos desde nuestra condición de bautizados, se convertirá en medio de santificación personal e instrumento para la extensión del Reino de Dios entre los hombres.

Y con este escenario llegamos al Concilio Vaticano II. Aunque bien es cierto que entre sus principales objetivos no estuvo el desarrollar una reflexión completa en torno al laicado³², para Juan XXIII, sí que estaba claro que esta cuestión debía abordarse de algún modo, pues en su encíclica *Ad Petri Cathedram*³³, en la que nos habla de la convocatoria del Concilio, y esboza de algún modo los objetivos del mismo nos dice «*profundamente animados por esta suavísima esperanza, hemos anunciado públicamente nuestro propósito de convocar un Concilio Ecuménico, al que habrán de acudir de todo el orbe de la Tierra sagrados pastores para tratar de los graves problemas de la religión, y principalmente para promover el incremento de la Iglesia católica, una saludable renovación de las costumbres del pueblo cristiano y para poner al día las leyes que rigen la disciplina eclesiástica según las necesidades de nuestros tiempos*»³⁴.

pertiendos et quoquoersus propagandos conferre possit. Hinc etiam fit, ut christiana praecepta, quasi quoddam evangelicum fermentum, civilis societatis venas, in qua vivimus et operamur, pervadant» (Ibíd.).

³¹ 1Pe 2, 10.

³² Aunque de manera general esta afirmación es válida, no lo es tanto si tenemos en cuenta el valor que se le dio al laicado a lo largo de todo el concilio. Ejemplo de ello es la experiencia que como «observadores conciliares» tuvieron el francés Jean Guitton y la española Pilar Bellosillo. Cfr. S. MADRIGAL, *Memoria del Concilio. Diez evocaciones del Vaticano II*, Comillas, Madrid 2005, 103-130; 195-220.

³³ AAS 51(1959) 497-531.

³⁴ «*Quae quidem suavissima spes iam Nos duxit vehementerque excitavit ad propositum illud publice, enuntiandum, Oecumenicum videlicet cogendi Concilium, ad quod sacrorum Antistites, de gravibus religionis rebus tractaturi, ex universo terrarum orbe convenient, ea praesertim de causa ut ad Catholicae Fidei incrementum et ad rectam christiani populi morum renovationem deveniatur, utque ecclesiastica disciplina ad nostrorum temporum necessitates rationesque aptius accommodetur».* (Ibíd. 511)

Tal y como hemos podido apreciar en este breve texto, dos son las acciones que apuntalan esta convocatoria conciliar «renovar» las costumbres, y «poner al día» la disciplina eclesial. Y esto lo justifica al señalar que nos encontramos ante unos «nuevos tiempos», que exigen esta «saludable» puesta al día para mejor anunciar el Evangelio.

O dicho de otro modo, no es posible que en este momento histórico sigamos haciendo las cosas tal y como las veníamos haciendo hasta ahora, pues lo que servía como vehículo de evangelización hasta hace poco, quizás ya no sirva. Y en este nuevo escenario, los laicos también tienen algo que decir, y mucho por hacer.

Han pasado ya sesenta años de esas palabras, y en lugar de sonar extrañas o caducas, nos resultan tremendamente actuales. «Nuevos tiempos», «renovar costumbres» y «poner al día»... tres claves que deben seguir presentes en nuestra mente y en nuestro corazón, para un mejor seguimiento del Señor.

El concilio aborda el tema del laicado³⁵ en dos momentos, el primero, en el capítulo cuarto de la Constitución *Lumen Gentium*, y el segundo, ya de manera exclusiva, en el decreto *Apostolicam Actuositatem*³⁶. Y aunque sería muy interesante detenernos a analizar los debates que en el aula conciliar dieron lugar a ambos, en este caso simplemente vamos a exponer las principales aportaciones, que respecto a esta cuestión, nos ofrecen.

La primera idea que descubrimos, es la definición de laico³⁷, que se centra en aquello que tenemos en común³⁸ todos los cristianos, esto es, estar incor-

³⁵ Podemos ampliar esta cuestión en: C. EYMAR, «La espiritualidad de los laicos a la luz del Vaticano II», *Revista de Espiritualidad* 66 (2007) 71-84; J.L. FUERTES, «Apuntes sobre la evolución de la cuestión de los laicos desde el Concilio Vaticano II», *Teología y Catequesis* 22 (1987) 175-180; R. PELLITERO, «La identidad de los cristianos laicos a la luz del Concilio Vaticano II», *Scripta Theologica* 47 (2015) 483-506; A. VIANA, «El laico en el Concilio Vaticano II», *Ius Canonicum* 26 (1986) 63-79.

³⁶ Para una lectura actual del decreto, ver: G. CAMPANINI, «La Apostolicam Actuositatem. Un documento “inattuale”?», *Dialoghi* 4 (2015) 77-80; A. CATTANEO, «Actualitat del decret Apostolicam Actuositatem. Sobre la participació dels laics en la missió de l'Església», *Temes d'avui* 45 (2013) 83-96.

³⁷ «Con el nombre de laicos se designan aquí todos los fieles cristianos, a excepción de los miembros del orden sagrado y los del estado religioso aprobado por la Iglesia. Es decir, los fieles que, en cuanto incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde» (LG 31).

³⁸ «Esta igualdad fundamental de los fieles se basa en la naturaleza misma de la Iglesia, sacramento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (...). El enunciado conciliar

porados a Cristo a través de nuestra condición de bautizados. Y es precisamente esa condición, la que nos habilita para participar de la triple función salvífica de Cristo como sacerdote, profeta y rey, por la que cada laico asume su propia tarea y responsabilidad en la actividad evangelizadora de la Iglesia³⁹.

Nuestro «ser sacerdotes», nos viene dado por la «consagración como casa espiritual»⁴⁰ recibida a través del bautismo. Que transforma cada una de las obras que realizamos, en favor de un mundo más justo y humano, en sacrificios espirituales⁴¹ agradables al Padre.

Nuestro «ser profetas» se hace efectivo en cada acción, suscitada por el Espíritu en nuestras vidas, por la que «damos a conocer a Dios y su designio de gracia»⁴² a cada hombre, en cada tiempo y lugar. Porque en cada uno de nosotros, ese mismo Espíritu, derrama sus diversos dones y carismas, que han de ser puestos al servicio de la comunidad, para edificar la Iglesia y santificar el mundo⁴³.

Y nuestra condición «regia» la ejercemos cuando nos comprometemos por hacer de este mundo un lugar más justo⁴⁴, imitando en ello a Cristo, cuya realeza «no se ejerce a modo de poder»⁴⁵, sino de mansedumbre y servicio, pues «para un cristiano, toda situación de poder es ocasión de servicio»⁴⁶.

de esta igualdad de todos los fieles cristianos aduce dos elementos fundamentales indisolublemente unidos entre sí: la dignidad cristiana (...), y la actividad en orden a edificar el Cuerpo de Cristo» (A. ANTÓN, «Principios fundamentales para una teología del laicado en la eclesiología del Vaticano II», *Gregorianum* 68 (1987) 130.

³⁹ «Mas también los laicos hechos partícipes del ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo, cumplen su cometido en la misión de todo el pueblo de Dios en la Iglesia y en el mundo» (AA 2).

⁴⁰ Cfr. LG 10.

⁴¹ «Son consagrados como sacerdocio real y nación santa, para ofrecer hostias espirituales por medio de todas sus obras y para dar testimonio de Cristo en todas las partes del mundo» (AA 3).

⁴² Y. CONGAR, *o.c.*, 321.

⁴³ «De la recepción de estos carismas, incluso de los más sencillos, procede a cada uno de los creyentes el derecho y la obligación de ejercitarlos para bien de los hombres y edificación de la Iglesia, ya en la Iglesia misma, ya en el mundo, en la libertad del Espíritu Santo, que “sopla donde quiere”» (AA 3).

⁴⁴ «Es preciso, con todo, que los laicos tomen como obligación suya la restauración del orden temporal (...); que cooperen unos ciudadanos con otros, con sus conocimientos especiales y su responsabilidad propia; y que busquen en todas partes y en todo la justicia del reino de Dios» (AA 7).

⁴⁵ Y. CONGAR, *o.c.*, 280.

⁴⁶ *Ibid.*, 281.

La segunda idea clave es que a la vez que entiende que «*el carácter secular es lo propio y peculiar de los laicos*»⁴⁷, lo matiza señalando que «la secularidad, antes que indicar una característica del laicado, es un rasgo distintivo de la Iglesia»⁴⁸.

Son varios los textos conciliares⁴⁹ que desarrollan la idea del carácter secular del laicado, pero es en *Lumen Gentium* 31, donde se expresa con mejor claridad cuando dice: «*a los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento*».

Es, por tanto, en el mundo y con los hombres, donde el laico se juega su propia vocación en el seguimiento de Cristo. Pero esta idea debe interpretarse de un modo más profundo, pues por «índole secular» no solo se debe entender el espacio geográfico, sociológico, económico, laboral, cultural... en el que cada hombre o mujer se desarrolla como tal, sino que es el lugar y el tiempo en el que el cristiano asume su función y vocación en el mundo y en la Iglesia, para extender su Reino de paz y justicia. La familia, el trabajo, el ocio... se convierten, de este modo, en «lugar teológico»⁵⁰, en espacio salvífico para sí mismo y para todos los hombres⁵¹.

⁴⁷ Cfr. LG 31.

⁴⁸ A. UNZUETA, «Actualidad apostólica del laicado», en V. VIDE - J.R. VILLAR (eds.), *El Concilio Vaticano II. Una perspectiva teológica*, San Pablo, Madrid 2013, 308.

⁴⁹ Cfr. LG 34. 36; AA 4; GS 43; AG 21; GE 2; UR 12...

⁵⁰ «Según esto, la índole secular como definitorio de los laicos, como “lugar” de su vocación cristiana y eclesial debe ser entendido como concepto teológico, no sociológico (...). Es la comunidad la que se estructura, bajo el dinamismo del Espíritu, atribuyendo a cada bautizado un ministerio, una vocación, un carisma. De este modo, lo que identifica o especifica al bautizado no es ser o no ser clérigo, sino la función/vocación que asume, estando en el mundo, dentro de la comunidad cristiana, como miembro de la Iglesia y para la edificación del Cuerpo de Cristo» (C. GARCÍA, «De la “Teología de los laicos” de *Lumen Gentium* a los “movimientos eclesiales” postconciliares», *Burgense* 48 (2007) 67).

⁵¹ «La pertenencia del laico a la Iglesia-misterio y a la Iglesia-comunión no anula su vocación específica, esto es, su “índole secular”. Desde ella se hace presente a la Iglesia y al mundo» (*Ibid.* 64).

A partir del Concilio, la teología del laicado quedará de este modo definida por estas dos notas fundamentales, en primer lugar por la «eclesialidad», pues desde su condición de «bautizado», el laico queda inserto en Cristo, y ayudado por la comunidad, descubre la llamada a la misión. Y en segundo lugar por su modo específico de seguir al Señor, esto es, ocupándose de los asuntos del mundo guiado por la fe⁵².

3. Nuestra condición de «Christifideles laici»

Nuestro siguiente hito es la exhortación apostólica «Christifideles laici»⁵³ que el papa Juan Pablo II publicó tras la celebración del VII Sínodo de Obispos de 1987 y que llevó por título «La vocación y la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo»⁵⁴.

En esos momentos, el debate en torno al laicado, se situaba entre quienes al subrayar la dimensión «laical» de toda la Iglesia, disminuían el valor del término «laico»; y quienes, al intentar conservarlo, se proponían subrayar lo específico del laico que se había afirmado durante el Concilio⁵⁵.

⁵² Cfr. S. MADRIGAL, *El giro eclesiológico en la recepción del Vaticano II*, Sal Terrae, Santander 2017, 212.

⁵³ «En dicho documento magisterial, se sitúa al fiel laico desde el primer momento “en misión”, “siendo”, “participando”, “viviendo”: es el obrero de la Viña. Con ello el papa pretende evitar la separación entre fe y vida, y el caer en un nuevo clericalismo» (R. BERZOSA, «Christifideles Laici», en V. PEDROSA - R. BERZOSA - J. SASTRE (dir.), *Diccionario de Pastoral y Evangelización*, Monte Carmelo, Burgos 2001, 205).

⁵⁴ S. PIÉ-NINOT, «Boletín bibliográfico sobre la Teología del laicado hoy ante el sínodo sobre los laicos de 1987. Perspectivas teológicas», *Revista Catalana de Teología* 11 (1986) 439-451; *Ibid.*, «Aportaciones del Sínodo 1987 a la teología del laicado: la herencia del Concilio Vaticano II», *Revista Española de Teología* 48 (1988) 321-370; R. BERZOSA, «La “espiritualidad” del fiel laico en el sínodo de 1987», *Burgense* 31 (1990) 45-76.

⁵⁵ Podemos ver parte de este debate en: J. BEYER, «Le laïcat et les laïcs dans l’Eglise», *Gregorianum* 68 (1987) 157-185; L. DEL BURGO, «Un espacio para los laicos en la comunidad eclesial», *Comunidades* 58 (1987) 165-175; P. ESCARTÍN, «El seglar en la Iglesia y en el mundo», *Teología y Catequesis* 22 (1987) 187-198; C. GARCÍA, «El laicado, una vocación eclesial para la corresponsabilidad», *Teología y Catequesis* 22 (1987) 217-228; G. RAMBALDI, «Carismi e laicato nella Chiesa. Teologia dei carismi, comunione e corresponsabilità dei laici nella Chiesa», *Gregorianum* 68 (1987) 57-101; R. BLÁZQUEZ, «La identidad del laicado», *Teología y Catequesis* 22 (1987) 199-215; G. MAGNANI, «La llamada teología del laicado ¿tiene un estatuto teológico?», en R. LATOURELLE (ed.), *Vaticano II: balance y perspectivas*, Sígueme, Madrid 1989, 373-409.

Juan Pablo II asume estas cuestiones en su exhortación, y en un esfuerzo por dar una respuesta, parte de la parábola de la viña⁵⁶, y nos dice que «*la parábola evangélica despliega ante nuestra mirada la inmensidad de la viña del Señor y la multitud de personas, hombres y mujeres, que son llamadas por Él y enviadas para que tengan trabajo en ella. La viña es el mundo entero, que debe ser transformado según el designio divino en vista de la venida definitiva del Reino de Dios*»⁵⁷.

Y a partir de ahí, el papa articula toda la reflexión que sobre el laicado nos ha ofrecido el magisterio anterior, bajo tres nociones teológicas, «misterio - comunión - misión». El misterio del Dios Uno y Trino que quiso «*santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, (...) sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente*»⁵⁸; la comunión que viene del Espíritu que guía a la «*Iglesia a toda la verdad, la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos*»⁵⁹ para que sea capaz de transformar ese mundo según los designios del Padre; esa misión, a la que de un modo singular están llamados cada uno de los bautizados, pues «*el apostolado de los laicos, que surge de su misma vocación cristiana nunca puede faltar en la Iglesia*»⁶⁰.

A pesar de lo dicho, es cierto que en el documento no encontramos ninguna reflexión sustancialmente novedosa respecto a la enseñanza conciliar, pero sí contribuyó a ofrecernos otra categoría muy interesante en torno a la cual se articula toda la «teología del laicado»⁶¹, «*Christifideles laici*»⁶². Pues sin

⁵⁶ Mt 20, 1-16.

⁵⁷ ChL 1.

⁵⁸ LG 9.

⁵⁹ LG 4.

⁶⁰ AA 1.

⁶¹ Para profundizar algo más acerca de este concepto ver: E. BUENO, «Teología del laicado», en E. BUENO - R. CALVO (dir.), *Diccionario de Laicado, Asociaciones y Movimientos Católicos*, Monte Carmelo, Burgos 2004, 741-749; S. PIÉ-NINOT, «Construim una teologia del laicat», *Revista Catalana de Teologia* 40 (2015) 539-562; X. MORLANS, «Teología del laicado. Nuevas aproximaciones», en J.L. CABRIA - R. CARBALLADA (eds.), *Testimonio y sacramentalidad*, San Esteban, Salamanca 2015, 611-646.

⁶² Aunque no podemos generalizar el asunto, desconcierta la traducción de la fórmula en el documento de Juan Pablo II, ya que aparece como «los fieles laicos», cuando lo normal hubiese sido «los fieles laicos en/de Cristo». Y esto no solo ocurre con el español, ya que en alemán se tradujo por «*die Laien*»; en inglés por «*lay people / lay faithful*»; en francés por «*les fidèles laïcs*»; en italiano por «*i fedeli laici*»; en portugués por «*os fiéis leigos*».

lugar a dudas, es la que mejor refleja la espiritualidad propia de cada bautizado en el devenir de su historia, porque en todos y cada uno se conjugan tres elementos fundamentales: la centralidad de nuestro ser en Cristo, la fidelidad en su seguimiento y el dar testimonio de todo ello en el mundo.

Pero, sin embargo, esta categoría tiene ciertos límites. El primero de ellos es pretender que sea una especie de definición de «laico», mostrándonos así su identidad y su misión, cuando en realidad se queda a medio camino, precisamente porque continúa instalada en un esquema bipolar, ordenado-no ordenado.

Con la primera parte del término, «*Christifideles*», se hace referencia a todos y cada uno de los elementos que tienen en común los miembros del Pueblo de Dios⁶³, esto es, a su igual dignidad, a la gracia propia de la filiación divina en Cristo, y a la llamada a la santidad⁶⁴. Y es por eso por lo que necesita completarse con el término «*laici*», se pretende poner en valor una realidad, que aunque pertenece a toda la Iglesia⁶⁵, es vivida de un modo singular por algunos de sus miembros⁶⁶.

El segundo límite es que se parte de una cristología muy marcada, de la que puede derivar una eclesiología de corte jerarcológico. En cambio, si se subrayara al Dios Uno y Trino, quizá seríamos capaces de descubrir una eclesiología de comunión, de la que emanen carismas, vocaciones, ministerios y servicios⁶⁷.

⁶³ «Con la acentuación y prioridad de los elementos comunes dentro del Pueblo de Dios (...), se pone en primer plano de la consideración la unidad, la solidaridad, la igualdad esencial en el orden de la dignidad propia de la existencia cristiana, la cualidad de los discípulos de Cristo; en una palabra, el misterio común por el que todos somos hermanos en Cristo. En esta realidad sacramental de la existencia cristiana, común a todos los bautizados, se funda la corresponsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios y su participación solidaria en la vida de la Iglesia y en la realización de su misión en el mundo» (A. ANTÓN, *o.c.*, 126).

⁶⁴ Cfr. LG 32.

⁶⁵ «Ciertamente, la relación con el mundo, lo mismo que la relación con la misión, afecta de modo primario, fundamental y ontológico por igual a todos los miembros del Pueblo de Dios (...). El que esta relación pueda manifestarse en pluralidad de formas, según el carisma y la vocación personal de cada uno, no justifica la reducción de la secularidad a los laicos. Toda la comunidad creyente vive, es interpelada, realiza su misión en el “*seculum*”, en la “*polis*”, con los que ha de entrar, de una u otra forma en diálogo» (P. DELGADO, *La misión del seglar en el mundo*, ISTIC, Zamora 2004, 527).

⁶⁶ Cfr. ChL 7. 9. 14. 64.

⁶⁷ Cfr. Y. CONGAR, *Ministerios y comunión eclesial*, FAC, Madrid 1973, 11-31.

El tercer límite se refiere a la misión misma. El «*Christifideles laici*», al subrayar el componente de «fidelidad», también nos transmite una cierta dependencia en la misión respecto a la jerarquía. Nos sugiere, pues que el papel del laico respecto al anuncio del Evangelio ha de ser «de tipo pasivo», siempre bajo las directrices de los pastores, o al menos, bajo su supervisión.

El cuarto límite es la falta de nuevos horizontes. Seguimos ante un esquema de evangelización bastante estático. Se pretende hacer lo de siempre, «ser fieles en el ser y el hacer», pero como no hay sacerdotes ni religiosos suficientes, se incorpora a los laicos como elemento sustitutivo. No se habla de «verdadera renovación»⁶⁸, ni de «horizonte escatológico».

Y el último límite, que es más difícil de determinar si no acudimos a la exhortación, es que se obvia la dimensión intraeclesial de la misión de los laicos. Al subrayar tan claramente su «índole secular», su tarea *ad intra* de la comunidad se oscurece. Es como si no existiera. Parece que no tuviese ningún valor, que los sacerdotes se sobrasen y se bastasen para tales cosas, ¿pero es así? ¿Ha sido así tras el Concilio? ¿Es bueno que se dé esta forma?

4. Descubrirnos «discípulos misioneros»

El último hito al que vamos a hacer referencia es la categoría de «discípulos misioneros» que utiliza el papa Francisco en su exhortación apostólica «*Evangelii Gaudium*», y su repercusión en la elaboración de una reflexión en torno al laicado.

Francisco, lejos de ofrecernos nuevos elementos de reflexión, hace un llamamiento inmediato a la responsabilidad diciéndonos que: «*en virtud del bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero*»⁶⁹.

Esto quiere decir que a todos y cada uno de los bautizados, en cualquier circunstancia personal y/o profesional, en cualquier momento de nuestra vida, o en cualquier tiempo y lugar, se nos exige, en virtud del sacramento por el que fuimos incorporados a Cristo, el ser «agentes evangelizadores», ser protagonis-

⁶⁸ «La renovación de la Iglesia no será posible sin la presencia activa de los laicos, que han de ser conscientes de su dignidad de bautizados. Por su parte, los pastores han de estimar su testimonio y acción evangelizadora» (S. MADRIGAL, *El giro eclesiológico...*, 221).

⁶⁹ EG 120.

tas de esta dinámica de llevar el Evangelio de Jesucristo a cada persona, a cada situación y a cada lugar.

Quizás esta sea la primera y gran contribución del papa en torno al papel del laicado en la Iglesia y en el mundo. Es un verdadero llamamiento a la responsabilidad de cada cual. Ya no hay excusas, ya no vale dilatar la respuesta, ya no nos sirve el «yo no sé» o «yo no estoy preparado»...

Ciertamente su propuesta no quita o añade nada en cuanto al contenido del mensaje que tanto el magisterio, como la reflexión teológica anterior había señalado, pero sí en cuanto al enfoque del mismo. Para Francisco no existen dos espacios diametralmente separados desde los que se puede y debe vivir el seguimiento a Cristo, el espacio «intra-ecclesial», propio de los clérigos (que de distintas formas y en diferentes grados renuncian al mundo), y el espacio «extra-ecclesial», esto es, el espacio secular, que se convierte en el propio del laico para vivir su vocación de seguimiento al Señor.

Pero, vayamos por partes. La primera parte de la categoría teológica que nos propone el papa es «Discípulo», y nos preguntarnos ¿qué significa ser discípulo de Jesús? Para Francisco, la respuesta es muy simple, y a la vez compleja. El discípulo de Jesús no es aquel que simplemente lo admira, que conoce sus enseñanzas, o que recuerda sus gestos. El que copia su comportamiento o repite sus palabras. Quizás eso pueda servir para otros, pero no para el Señor.

El discípulo de Jesús es aquel que se ha encontrado con Él en su vida, y por lo tanto, quien responde a su llamada de un modo consciente y libre, desde lo más íntimo de su ser. Es aquel que es capaz de adherir toda su persona a la misión que el Señor le encomienda⁷⁰. Pero además, quien tiene la necesidad de salir a las calles, y a los cruces de los caminos, para llevar a los otros el amor⁷¹ que cada día experimenta, al haberse encontrado con el Dios de la vida.

El discípulo, no se sitúa frente al maestro como una figura pasiva, como un simple mandadero⁷² que se contenta con cumplir determinadas tareas ajenas

⁷⁰ Cfr. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (Aparecida 2007), 136.

⁷¹ Cfr. EG 127.

⁷² Cfr. FRANCISCO, «Carta del santo padre Francisco al cardenal Marc Ouellet, presidente de la comisión para América Latina», del 19 de marzo de 2016. http://w2.vatican.va/content/francesco/es/letters/2016/documents/papa-francesco-20160319_pont-comm-america-latina.html

a su persona o a su vida. Es, al contrario, una persona a la que se le exige que se involucre vitalmente en el proyecto del Reino, y por lo tanto, que lo viva como suyo. Desde ahí siente el impulso de adelantarse a las circunstancias, de tomar la iniciativa y salir al encuentro de los necesitados, de los alejados, de aquellos que se encuentran en las periferias⁷³.

Pero el papa añade un elemento que nos ayuda a entender de un modo más profundo la realidad del «discípulo», y lo hace añadiéndole el adjetivo «misionero». La misión, por lo tanto, no es una opción para el discípulo del Señor, sino su única forma de estar en el mundo. Evangelizar obedece al mandato⁷⁴ de Jesús (Mt 28, 19-20), y esto genera en el discípulo una gran alegría⁷⁵, incluso en medio de la persecución⁷⁶.

Varias son las claves que derivan de esta categoría teológica. La primera es que aunque tiene una fuerte centralidad en Cristo, sin embargo tiene una mejor articulación eclesial que la categoría «*Christifideles laici*». El «ser discípulo» exige el encuentro personal con el Señor, pero también la mediación de los otros. Es en la Iglesia donde se descubre y se vive, de un modo pleno, ese discipulado⁷⁷.

Unido a lo anterior, la imagen de Iglesia que se desprende no es la de «jerarquía» sino la de «comunidad». La Iglesia aparece de este modo como el Pueblo de Dios del que derivan diversos ministerios, carismas y funciones⁷⁸. El laico no se sitúa frente a religiosos y clérigos desde su condición de «no ordenado», sino que todos se relacionan entre sí desde su condición de bautizados, y de llamados a seguir al Señor poniendo en juego sus dones y carismas.

La tercera clave tiene que ver con la forma de entender el servicio de cada uno. Desde esta categoría, los laicos no se descubren como «suplentes» de los ministros ordenados, sino como «*personas llamadas a dar forma nueva o revitalizada a algunos carismas que estaban envejeciendo o desaparecien-*

⁷³ EG 24.

⁷⁴ *Ibíd.* 19.

⁷⁵ *Ibíd.* 21.

⁷⁶ *Ibíd.* 5.

⁷⁷ «La pertenencia del laico a la Iglesia-misterio y a la Iglesia-comunidad no anula su vocación específica, esto es, su “índole secular”. Desde ella se hace presente en la Iglesia y en el mundo» (C. GARCÍA, «De la “Teología de los laicos”...», 64),

⁷⁸ Cfr. P. BELDERRAIN, «Seglares y religiosos...», *CONFER* 41 (2002) 162.

do»⁷⁹. Quizá aún nos falte mucho para aceptar que determinadas personas en la Iglesia no son receptores de todos los carismas⁸⁰.

La cuarta y última clave es la «incertidumbre» en la misión⁸¹. En la predicación del Evangelio no hay «recetas» que funcionen perfectamente, no existen «garantías» de éxito, no hay «seguridades» absolutas... Lo único que nos queda es lanzarnos a ello, y ponerlo todo en manos de Dios. Pero eso nos da miedo, nos causa angustia, incluso vértigo... un miedo, una angustia y un vértigo que nos paraliza, y es por eso, por lo que buscamos múltiples disculpas, o explicaciones lógicas sobre pros y contras... como que no es el momento, que no se dan las condiciones, que no tenemos suficientes personas disponibles, o la necesaria formación...

Pero lo que Francisco nos recuerda es otra cosa. Lo que nos propone el papa es que nos presentemos ante el Señor con nuestros «pantalones rotos por las rodillas» por haber salido a la calle a proclamar la Buena noticia; con nuestra «ropa sucia» por haber estado en esas calles sin asfaltar, en esos barrios de las afueras, buscando la justicia; y con «nuestro cansancio», y nuestro «corazón alegre», por haber vivido con los que nadie quería. El Señor nos quiere así, sin seguridades ni comodidades⁸².

5. Nuevos horizontes

El primer horizonte que se nos dibuja tras lo expuesto, es que ya no es posible definir la identidad del laico subrayando casi exclusivamente su índole secular⁸³ como el espacio propio en el que debe vivir su seguimiento al Señor. Ciertamente el laico vive en el siglo, y por lo tanto debe anunciar el Evange-

⁷⁹ J. ARNÁIZ, «Identidad del religioso...», 47.

⁸⁰ «Muchas de esas dudas de quién puede ser ministro en una comunidad vienen del énfasis de los ministros, como si tuvieran que ser una especie de Supermán que lo hace todo...» (E. ROBLES, *Nuevos ministerios en la Iglesia. Hacer de la necesidad virtud*, San Pablo, Madrid 2019, 129).

⁸¹ En cuanto al papel del laico en la misión de la Iglesia ver: L. MARTÍNEZ, «El laico en la Iglesia ¿Colaborador o corresponsable?», *Actas Teológicas* 6 (2000) 69-85; J.R. VILLAR, «La participación de los cristianos laicos en la misión de la Iglesia», *Scripta Theologica* 33 (2001) 649-664; M. DELGADO, «Los fieles laicos ante la Nueva Evangelización», *Salmanticensis* 59 (2012) 65-82; H. SANCHEZ, «El despertar de los laicos. Su aporte para transformar el mundo y renovar a la iglesia», *Revista Iberoamericana de Teología* 8 (2012) 9-41.

⁸² «Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades» (EG 49).

⁸³ Cfr. LG 31; AA 4. 29; ChL 8. 9. 14. 15. 40-49. 64.

lio⁸⁴ allí donde se encuentra, en su familia, en su puesto de trabajo, en sus responsabilidades personales y/o comunitarias⁸⁵... Pero es necesario recordar, que si prescindimos del tiempo y del esfuerzo de tantos y tantos laicos en ministerios como el de la Palabra (catequesis, responsables de cursillos prematrimoniales...), el de la Caridad (Cáritas, Pastoral penitenciaria, Pastoral de la salud...), o el de la Liturgia (equipos de liturgia, lectores, el coro...), y de tantos otros que ni siquiera tienen nombre... ¿qué sería de nuestras comunidades? ¿Qué sería de nuestra Iglesia?

No estamos, pues, ante la disyuntiva entre lo intra-ecclesial y lo extra-ecclesial, sino ante una realidad que conjuga lo institucional y lo carismático de un modo más armónico, ya que ¿no es cierto que cada una de esas personas está poniendo sus carismas al servicio de la comunidad? ¿No son estos carismas fruto del mismo Espíritu que anima con su aliento a la comunidad de los discípulos del Señor? ¿Y no es la comunidad la que, al menos implícitamente, los ha reconocido como propios? Sigamos, pues, explorando las posibilidades y exigencias de este primer horizonte.

El segundo horizonte está muy relacionado con el primero, y es la necesidad de reflexionar de nuevo acerca de la vocación y misión del laico⁸⁶ en el mundo⁸⁷ y en la Iglesia. Una vocación y una misión en la que se integren de un modo armónico la libertad de los hijos de Dios, que se dejan guiar por el Espíritu en la tarea de dar testimonio del Resucitado, y la comunión con la Iglesia «Pueblo de Dios» desde la que hemos sido llamados. Nuestro momento actual nos exige asumir riesgo, intentar nuevas fórmulas, ser propositivos...⁸⁸, se nos pide asumir en primera persona y de manera adulta las palabras del Maestro, «*Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia*» (Mc 16,15).

⁸⁴ Cfr. ChL 33a.

⁸⁵ Cfr. ChL 42b.

⁸⁶ «En el seno de la comunidad cristiana hay diferentes llamamientos y misiones. En este punto radica la diferencia específica de los laicos. No tiene por encima ningún ministerio en su llamamiento y misión específicos, sino que está a su servicio acompañándolos» (W. KASPER, «Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo», *Sal Terrae* 28 (1989) 106).

⁸⁷ Cfr. S. PÉREZ, «El compromiso cristiano del laicado», *Diakonia* 144 (2013) 41-52.

⁸⁸ «Como cristianos comprometidos hemos de ser propositivos, sugerir y lanzar iniciativas, dar pasos que ayuden a vivir mejor el Evangelio, a sentirnos parte de la Iglesia afectiva y efectivamente, no ser niños en la fe ni en los compromisos reales» (M. BERZOSA, «Ser pobre y ser mujer es una doble marginación», en E. ROBLES, *Nuevos ministerios en la Iglesia...*, 155).

El tercer horizonte tiene que ver con la necesidad de descubrir los elementos que definan de un modo más profundo la espiritualidad⁸⁹ propia del laico. Una espiritualidad mucho más rica que la heredada hasta ahora. Una espiritualidad que debe nutrirse de nuestra experiencia matrimonial y familiar, de nuestra experiencia laboral, de nuestra experiencia política... Nuestros modelos en este sentido, en la mayoría de los casos, han sido personas célibes, y esto ha provocado que los laicos, en un intento de imitarlos, nos hayamos quedado siempre a medio camino, y con cierto sentimiento de fracaso... ¿no ha llegado el momento de cambiar de modelos?...

Un cuarto horizonte que ha vuelto a poner en la palestra el papa Francisco es el de la llamada a la santidad de todos y cada uno de los bautizados. Ciertamente no estamos ni ante un concepto, ni ante un mensaje nuevo, pero lo que sí resulta novedoso es que en este momento histórico en el que los mensajes son otros⁹⁰, se nos hable de la «llamada a la santidad», se nos recuerde que para llegar a «ser santos» no se nos piden imposibles⁹¹, y se nos invite a descubrir a tantos y tantos santos que han vivido y siguen viviendo «en la puerta de al lado»⁹².

Un quinto horizonte, que se nos abre de un modo cada vez más amplio y exigente, es el de «*dar explicación a todo el que (n)os pida una razón de nuestra esperanza*» (1Pe 3,15). Pues, entre los hombres, no solo nos vale con nuestra

⁸⁹ Raúl Berzosa nos indica en su artículo del *Diccionario del Laicado* que el laico, en la Iglesia y en el mundo debe ser hoy día un «especialista en Cristo», y eso significa que no solo debe conformarse con saber cosas sobre Él, sino querer configurarse con Él; también debe vivir su fe «en comunión con la Iglesia» particular y universal; por supuesto que no debe vivir su fe al margen de su «estar en el mundo»; y por último, debe tener presente que la fe exige ser confrontada constantemente, y para ello es necesaria la formación. Cfr. R. BERZOSA, «Espiritualidad laical», en BUENO, ELOY - CALVO, ROBERTO (dir.), *Diccionario de Laicado, Asociaciones y Movimientos Católicos*, Monte Carmelo, Burgos 2004, 281-282.

⁹⁰ «El consumismo hedonista puede jugarnos una mala pasada, porque en la obsesión por pasarlo bien terminamos excesivamente concentrados en nosotros mismos, en nuestros derechos y en esa desesperación por tener tiempo libre para disfrutar» (GE 108).

⁹¹ «Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra» (GE 14).

⁹² «Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo (...). Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, “la clase media de la santidad”» (GE 7).

presencia o con nuestro testimonio de vida, sino que en ocasiones se nos demanda expresar y explicar aquello en lo que creemos en medio de un mundo complejo, plural y tecnificado.

Para ello es necesario conocer de un modo más profundo los fundamentos de nuestra fe. Ya no es suficiente con lo que aprendimos de nuestros padres o catequistas, sino que hay que dar un paso más, y descubrir que la «razón» y la «fe» no se dan la espalda, sino que es «razonable» nuestra experiencia de encuentro con el Resucitado.

Concluimos esta reflexión señalando que nos faltan otros muchos horizontes que por razones obvias no han sido propuestos; estamos, pues, ante una tarea abierta. Como señalábamos al principio, se hace necesario seguir descubriendo, reflexionando, rezando y viviendo la importancia que tenemos los laicos en la Iglesia y en el mundo.